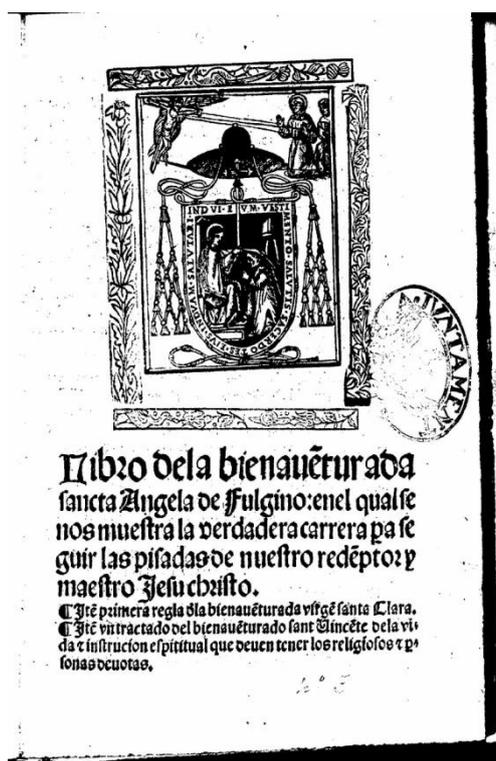


<b>AUTORA</b>	Ángela de Fulgino
<b>TÍTULO</b>	<i>Libro de la bienaventurada sancta Angela de Fulgino, en el qual se nos muestra la verdadera carrera para seguir las pisadas de nuestro redemptor y maestro Jesu christo. Item primera regla de la bienaventurada virgen santa Clara. Item un tractado del bienaventurado sant Vincente de la vida e instrucción espiritual que deven tener los religiosos y personas devotas.</i>
<b>DATOS BIBLIOGRÁFICOS</b>	Toledo: [Sucesor de Hagembach], 1510; 124hs.; 4°.
<b>EJEMPLAR</b>	Madrid, Biblioteca Nacional, R/8583 Digitalización: Biblioteca Lambert Mata ( <a href="#">texto completo</a> )
<b>NOTAS</b>	El libro de Ángela de Fulgino se publicó a instancias del Cardenal Cisneros en latín en 1505, seguido de las visiones de santa Melchiadys. En 1510 se publicó la traducción de la obra de Ángela, si bien no se añadió la de santa Melchiadys, según se observa en el título presente. Los paratextos de la edición en romance siguen fielmente los latinos y estos a su vez reproducen los de manuscrito. Constan de dos prólogos, el primero es una exhortación a aprender de las enseñanzas de Ángela, a pesar de ser mujer. El segundo, escrito por “fray Arnaldo, de la orden de los frailes menores”, explica el proceso de escritura de la obra, las dificultades para transcribir las palabras de Ángela y ofrece pruebas de la verdadera iluminación divina que la guiaba.
<b>RESPONSABLE</b>	Nieves Baranda Leturio



## PORTADA DEL EJEMPLAR



[h. 1r] [Portada]

[Mitad superior de portada: gran escudo del cardenal Cisneros con Cristo imponiendo los estigmas a san Francisco encima del capelo y la Virgen imponiendo la casulla a san Ildefonso en el interior del escudo]

Libro de la bienaventurada santa Ángela de Fulgino, en el cual se nos muestra la verdadera carrera para seguir las pisadas de nuestro redentor y maestro Jesucristo.

Ítem primera regla de la bienaventurada virgen santa Clara.

Ítem un tratado del bienaventurado san Vicente de la vida e instrucción espiritual que deben tener los religiosos y personas devotas.

[h.1v] **Tabla**

Aquí comienza el libro que es llamado Ángela de Fulgino, el cual contiene en sí y trata del proceso por donde nuestro señor la guió para [tachado] comenzar el camino de la penitencia, que fueron dieciocho pasos o escalones hasta venir a las muchas y grandes tentaciones que sufrió en el cuerpo y en el ánima. Y cómo después de haber vencido por la virtud de Dios todas estas tentaciones y trabajos, las consolaciones <de> [que] nuestro Señor le hizo alumbrándola en muchas maneras de visiones y revelaciones dándole en ellas muy profundo conocimiento de sí misma y de Dios, con otras consolaciones de sus hijos espirituales, los que en el tiempo por venir

la seguirán. Y después de esto trata de la doctrina y enseñanza de esta santa madre en que nos muestra el verdadero camino para cómo podamos seguir las pisadas de nuestro Redentor, la cual doctrina es toda sacada de aquel libro de la vida, escrito de dentro y de fuera, que es Jesucristo nuestro señor Dios y hombre verdadero.

Síguese la tabla de los capítulos que contiene este libro, allende de los dos prólogos que tiene al principio.

...[hasta h. 4v]

### [f. 1r] **Prólogo primero de este libro**

Porque la inflación del saber mundano terreno y diabólico del soberbio espíritu de aquellos que dicen mucho y hacen poco quedase confuso por la sabiduría eterna de Dios, despertó Dios una mujer de estado seglar, obligada al mundo y a marido enlazada, con hijos y riquezas, simple en saber, flaca de fuerzas, mas por la virtud infusa en ella divinalmente por la cruz de Jesucristo, dios y hombre, rompió los lazos del mundo y subió al altura de la perfección evangelical y a la perfecta y muy sabia sabiduría de la cruz de Cristo, que excede todo seso y renovó la sabiduría de los perfectos y la carrera olvidada y cegada de nuestro buen Jesús. La cual los altos gigantes afirmaban así por palabras como por obras no poderse guardar. Demostró esta bienaventurada no solamente ser posible guardarse, mas ser fácil y ligera y contener en sí soberanos deleites. ¡Oh sabiduría celestial de la perfección evangélica junta con aquel eterno Dios! Y tú, eterno Dios, en ella cómo hiciste loca la sabiduría de este mundo, cuando contra los varones pusiste una mujer; contra los soberbios, una humilde; contra los engañosos astutos, una simple; contra los letrados, una idiota; contra la religiosa hipocresía, un desprecio y condenación de sí misma; contra los parleros ociosos y contra las manos perezosas, un maravilloso calor de obras con silencio de palabras; contra la prudencia carnal, prudencia de espíritu, que es la ciencia de la cruz de Cristo. Donde parece que en esta mujer fuerte claramente se muestra lo que estaba escondido aun a los varones muy especulativos, pero ciegos en sus carnales exposiciones y entendimientos. Pues de aquí adelante los hijos de esta santa madre no temáis ser confundidos y aprended de esta nuestra Ángela del gran consejo la sabiduría de la cruz, que es el camino de todas las riquezas. La cual sabiduría consiste y es pobreza, dolor, y menosprecio y verdadera obediencia a Jesucristo, dios y hombre, y a su muy dulce madre. Y enseñad a varones y a mujeres y a toda criatura con lengua de eficaces obras. Y porque os gloriéis y no menospreciéis aprender de ella y su doctrina, sabed, muy amados, que esta es enseñadora y doctora de la disciplina de Dios y elegidora de sus obras. Acordaos, muy amados, que así como los apóstoles primero ellos supieron y predicaron a nuestro Señor, antes que padeciese viviendo aún vida pasible, pero después de muerto y

crucificado, de mujer aprendieron y fueron enseñados de su resurrección. Y así vosotros, muy amados hijos, aprended de esta santa madre Ángela la regla y vida de nuestro redentor que primero poseyeron nuestros padres y el bienaventurado san Francisco y sus compañeros predicaron, muerta ya en los religiosos carnales. Venid y juntamente conmigo la aprendamos de esta madre santa, pues en ella y en su ejemplo nos ha sido resucitada y de muerta tornada y hecha inmortal. Ni tampoco es contra la providencia divina, mas antes es en menosprecio y para confusión de los varones carnales querer Dios que de mujer hayan de ser enseñados, mayormente de doctrina semejante, que no hay sobre la tierra a qué se compare. Y también como diga el bienaventurado san Jerónimo esto mismo de Oлда, profetisa<sup>1</sup>, a la cual recurría el pueblo en oprobio y denuedo de los varones y doctores de la ley, que por ser quebrantadores y traspasadores de los mandamientos, la profecía fue trasladada a sexo femenino.

### [Segundo prólogo]<sup>2</sup>

En nombre de la Santísima Trinidad y de nuestro salvador Jesucristo, dios y hombre, y de la muy bienaventurada y sacratísima Virgen madre suya, esta es la manifestación de la redundancia de los dones del muy alto, hecha sobre esta madre Ángela de Fulgino, porque según dice el Salvador en el evangelio, “Si alguno me ama, guardará mi palabra y mi padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él. Y el que me ama manifestarme he yo mismo a él”. Y la experiencia de esta manifestación [f. 2r] y conocimiento el mismo Señor lo ha hecho experimentar y probar en estos tiempos a algunos sus fieles y devotos, y señaladamente en el ánimo de esta santa madre Ángela, cuyas revelaciones y visiones yo, fray Arnaldo, de la orden de los frailes menores, apenas pude saber algunas de ellas, y esto con muchos ruegos e instancia, aunque le fuese mucho conjunto por familiaridad en el amor y caridad de Cristo. Y esto por la mucha guarda que ponía en esconder los dones de Dios. De manera que hablando en esto decía muchas veces: “¡Mi secreto a mí! ¡Mi secreto a mí!”. Y aun en cuanto yo puedo alcanzar, estas cosas que me manifestó no me las dijera sino diciéndole la pena que padecía en ver que por conservar ella su humildad nos quería privar de cosas tan provechosas. Y ella, movida por compasión y por el provecho y caridad de los prójimos, y también siendo constreñida por la conciencia y por Dios, hube las cosas aquí escritas. Y aunque por la una parte tenía ella voluntad por lo que es dicho de me manifestar algunas cosas, pero por la otra érale dificultoso, porque le parecía cuando alguna cosa de estas me quería decir que más era blasfemar, por la alteza de los misterios y muchas cosas que por palabras humanas

<sup>1</sup> [Al margen:] *De ista Oлда legitur IIII regum XII & II parali. XXXIII* [Se refiere a la profetisa Julda, II Reyes, 22].

<sup>2</sup> No existe como rúbrica, pero se marca su comienzo por una capitular de dos líneas y lo indican las cabeceras de las hs. 2r-4v. Sí consta este título de capítulo en la edición latina del texto.

era imposible exprimir las. Salvo solamente aquellas cosas que corporal o imaginariamente nos cuentan ser hechas, pero las cosas divinas y lo que el ánima por la influencia divinal padece de todo en todo son a nosotros inefables. Así que cuando esta mujer me escomenzó <y> [a] manifestar los secretos divinales, decíame cosas las más maravillosas del mundo y por palabras no acostumbradas, pero muy eficaces y llenas de lumbre. Y muchas veces, como no las podía explicar, parecía como que se turbaba y entristecía por no me poder manifestar lo que conocía, aunque yo por aquello que decía conocía algo de aquello que quería exprimir, pero era tan poco que parecíame ser yo así como el harnero, cedazo que echa lo precioso y sutil y retiene en sí lo más grueso. Y esto parece porque después de haber escrito algunas cosas de las que me decía, traíaselas para que las corrigiese y [f. 2v] decíame algunas veces, como maravillándose, que no conocía aquellas palabras que le leía y también que no tenía sabor espiritual lo que escribía. Y otra vez me dijo: “Por estas palabras que escribiste me quiero acordar de lo que dije, pero está tan oscuramente escrito, que por estas palabras no se dice ni se explica nada de lo que yo siento o conozco”. Y otra vez me dijo: “Escribes lo peor y lo que no es nada, pero ninguna cosa escribes de lo precioso que el ánima siente”. Y esto sin duda algunas veces era por falta mía, no porque yo añadiese algo de mío, pero porque en la verdad no podía entender las cosas que decía por mi insuficiencia, y porque no sabía escribir aprisa ni tenía oportunidad ni me abastaba el tiempo, ni tampoco tenía lugar para comunicar, por muchas causas e impedimentos que se ofrecían. Y acaeciome algunas veces que iba a escribir estando algo desordenado en la conciencia y parecía que así se trocaba todo, que ninguna cosa podía escribir ordenadamente. Y por esto alguna vez cuando podía confesábame primero, porque ayudado por la gracia de Dios pudiese tener orden y concierto en lo que escribía. Así que por las dichas causas escribí sin orden y pienso ser miraglo divino si escribí alguna cosa ordenadamente, pero quedábame no pequeño cuitado, porque muchas cosas que entendía ser dignas de escribir dejaba por las causas sobredichas. Pero yo de mí mismo, por los méritos de ella escribiendo experimenté alguna gracia espiritual y nueva que nunca antes había experimentado. Y por eso con gran reverencia y temor escribí de manera que cosa ninguna no añadía de mío ni una parte solamente, salvo como de su boca lo oía. Y muchas veces le hacía que me tornase a decir lo que quería que escribiese y trabajaba por poner sus propias palabras en vulgar, así como lo decía, por no apartar ni desviarme de su intención mudándolo en otros vocablos latinos. Y algunas veces me dijo: “Yo ternía consciencia de decir estas cosas, salvo por una palabra que me es dicha y es esta, que tantas cuantas más veces dijere estas cosas, tantos más [f. 3r] me quedara a mí”. Y muchas veces me dijo serle revelado y dicho que hiciese escribir en fin de lo que escribía esto, conviene a saber: “De todas estas cosas aquí dichas sean dadas gracias a Dios”.

Y fue esta santa mujer de un lugar llamado Fulgino, a tres leguas de Asís. Y al principio de su llamamiento era casada y tenía hijos e hijas. Y luego escomenzó a hacer muy áspera penitencia cuanto bastaban todas las fuerzas de su cuerpo, según que esto yo mismo supe y conocí. Y allende de esto sufrió y padeció muchas tentaciones y tormentos en el cuerpo y en el ánima de demonios y del poderío de las tinieblas, los cuales muchas veces la atormentaron visible e invisiblemente. Y tanto más cruelmente cuanto estos malignos espíritus más que ninguna humana criatura conocen todas las maneras en que más nos pueden afligir y atormentar. Así que como sobre esto una persona digna de fe se maravillase mucho y hubiese compasión contándole ella la manera tan espantable como era atormentada, vio aquel siervo de Dios en revelación ser así aquello verdad como ella se lo había contado. Donde desde entonces le tenía gran compasión y le era aficionado con muy gran devoción. Y era esta santa mujer de muy ferviente y gran oración y en la confesión muy sabia y discreta. Y acaeció una vez que esta sierva de Dios confesándose conmigo, como acostumbraba, conocí en ella tanta perfección del conocimiento de sus pecados y tanta contrición y lágrimas le vinieron desde el comienzo de la confesión hasta el fin, con tan profunda humildad, que yo lloré dentro de mi corazón. Creyendo verdaderamente que aunque todo el mundo fuese engañado, que era imposible que ánima adonde tanta rectitud y verdad había pudiese ser engañada. Y como la noche siguiente enfermase de grave enfermedad, otro día siguiente de mañana vino a la iglesia de los frailes y entonces yo comulguela, y sé esto, que entonces ni después nunca comulgó que no recibiese alguna nueva y grande gracia del Señor. Y era tanta la eficacia de las ilustraciones e iluminaciones y consolaciones [f. 3v] que recibía en el ánima, que claramente redundaban muchas veces en el cuerpo. En tal manera que algunas veces estando conmigo era elevada su ánima y no podía entender cosa alguna de las que estaba yo leyendo que tenía escritas y era alterada en la cara y en el cuerpo por el alegría de los coloquios divinos y por la devoción y delectación de las consolaciones que sentía, en tanto que algunas veces sus ojos relucían así como candela y su cara como rosa. Y parecía algunas veces que tenía más llena la cara y toda resplandeciente y hecha angélica y maravillosa en su vulto, que excedía toda nuestra humana condición. Y olvidábase de comer y beber como si su espíritu no estuviera en cuerpo mortal. Y solía contar una compañera suya, virgen muy devota, que como una vez fuese por un camino, se tornó toda resplandeciente, alegre y colorada, y sus ojos tan grandes que en ninguna manera parecía ser ella. Y como esto viese su compañera, iba triste, temiendo que alguna persona las encontrase y la viese. Por esto la misma compañera se cubría la cara y decíale que por qué ella también no se cubría, pues que sus ojos iban tan resplandeciendo. Y porque esta compañera era temerosa y simple mucho y no alcanzaba aún a conocer las gracias y dones de Dios, lloraba y heríale con sus manos y dábale en los pechos diciendo: “¡Dime, ahora qué es

esto?, ¿qué te ha acontecido? De aquí adelante conviene que te apartes de donde hubiere hombres, pues que ya no podemos ir a lugar ninguno”. Y condoliase diciendo: “¿Qué haremos?” Y esta sierva de Dios respondíale confortándola diciendo: “No temas aunque topemos hombres, que Dios nos ayudará y será con nosotras”. Y esto dijo haberle acaecido con ella muchas veces. Decía asimismo esta dicha su compañera que como esta santa madre estuviese una vez echada y absorta toda y puesta en exceso mental, como le acaecía muchas veces, que vio a su lado así como una estrella muy hermosa de diversas colores e innumerables que resplandecían y salían de ella unos rayos [f. 4r] de maravillosa hermosura y subían aquellos rayos en alto hacia el cielo y tornávase a su lado de ella, donde estaba la estrella tornando a subir y a descender. Y esta estrella, como ella decía, no era mucho grande. Otrosí algunas veces por las vejaciones y tormentos y tentaciones y enfermedades que padecía en el cuerpo y en el ánimo y por el enflaquecimiento del amor y deseo de su amado, estaba tan seca y amarilla que era compasión verla, y casi siempre continuo toda debilitada y enferma.

Y yo, fray Arnaldo, que esto escribí, después de haber escrito todas las cosas en este libro contenidas, rogué y pregunté a esta sierva de Dios que ella quisiese rogar y saber de nuestro Señor si alguna cosa falsa o demasiada yo hubiese escrito para que por su misericordia quisiese revelarlo, porque se pudiese saber la verdad de esto. Y ella me respondió diciendo que ya muchas veces lo había rogado a nuestro Señor para que le quisiese mostrar en si en las cosas que ella me había dicho como en las cosas que yo había escrito, si intervenía alguna mentira o superfluidad. Y dijo que le había sido respondido por nuestro Señor que todo lo que ella me había dicho y yo había escrito todo era verdad y no había en ello falsedad ni superfluidad alguna. Salvo que muchas cosas no habían sido así perfectamente expresadas como convenía. Así mismo otra vez me dijo esta santa madre que le había sido revelado por Dios que todo lo que estaba en este libro era según su voluntad y que de él había procedido y que él lo sellaría. Y que como ella no entendiese esta palabra *sellar*, que le tornó a decir nuestro Señor que él lo firmaría. Y yo en todo este libro no añadí ninguna cosa a sus palabras, pero muchas cosas dejé de escribir porque no las podía comprender con mi entendimiento. Otrosí fueron examinadas todas estas cosas, disponiéndolo nuestro Señor, por dos frailes menores dignos de fe, los cuales examinaron con tanta diligencia todas las cosas aquí contenidas que [f. 4v] todo lo escrito en este libro confirieron con ella para certificarse si ella lo había dicho así. Y hallaron ser fielmente escritas. Fueron así mismo examinadas todas estas cosas por el señor Jacobo de Columpna y por ocho frailes menores, letrados muy famosos, de los cuales algunos fueron lectores en estudios generales y otros inquisidores y custodios, personas fidedignas y de muchas gravedad y varones muy espirituales, los cuales no hallaron qué reprender, antes con mucha humildad y caridad, teniendo en gran

veneración toda la doctrina de esta santa madre, aprobaron todo lo en este libro contenido. Pero no se maraville ninguno que leyere este libro de esto, que muchas veces le eran dichas palabras dulces, llenas de amor, porque esta manera de hablar se halla en la sacra escritura, como parece en el libro de los *Cantares*, como está claro al que lo leyere. Mayormente que como ella estuviese fundada en tan profunda humildad, la gracia divina la conservaba de toda vanidad y elación, antes de tales palabras quedaba hecha muy más humilde. Y cuando algunas veces dice que era elevada y transformada en un estado de iluminación y alegría o delectación, que no creía perderla para siempre, yo esta palabra y otras semejantes así las entiendo, conviene a saber, que aquella ánima bendita por la ilustración divinal era puesta de nuevo en un estado de transformación continua en aquella lumbre infinita de Dios y en un sentimiento que allí no había experimentado, el cual sentimiento aunque sea continuo, su continuación es por el hábito que le queda, comoquiera que aun actualmente muchas veces recibe acrecentamiento de nuevos fervores, gozos y dulzores y de nuevos gustos, quedándole siempre aquella misma iluminación y sentimiento acrecentado y continuado, como dicho es. Y así se puede entender aquel acrecentamiento de ilustraciones y mayores dulzores y fervores permanecer continuamente y ser acrecentados y renovados.

Fin de los prólogos.

#### [f. 5r] **Capítulo I. Del I y II paso.**

Escomienza el proceso de la vida de la santa madre Ángela de Fulgino, desde que escomienzó a ir por el camino de la penitencia como ella de sí misma la cuenta.

.....

[f. 102v] [Colofón]

A honor y gloria de nuestro señor Jesucristo y su bendita madre la virgen María. Fenecido es el proceso de la maravillosa vida de esta bienaventurada santa madre Ángela de Fulgino, el cual es de muy grandísimo provecho para todo devoto y fiel cristiano. A Dios gracias.

[f. 124r] [Colofón de las dos obras que componen el volumen: Vida de Ángela de Fulgino y tratado de san Vicente]

Estos tratados se imprimieron en la imperial ciudad de Toledo por mandado del reverendísimo señor don fray Francisco Ximénez, cardenal de España y arzobispo de la santa iglesia de Toledo. Acabáronse a XXIII [24] días del mes de mayo de mil quinientos diez años [1510]. *Laus deo.*